

La mujer y el vampiro

Luis Alberto de Cuenca

ILUSTRACIONES DE MANUEL ALCORLO

REINO DE CORDELIA: MADRID, 2023

64 PÁGS.

El deseo y la melancolía

Por José Abad



Al principio no fue la palabra, no esta vez; al principio fue la imagen. Lo reconoce el propio Luis Alberto de Cuenca en la nota preliminar a *La mujer y el vampiro*: todo empezó cuando el editor Jesús Egido le pasó un cuaderno con dibujos de Manuel Alcorlo —pintor, académico de Bellas Artes, grabador, ilustrador, etc.—; aquellas imágenes de mujeres abandonadas a su propia desnudez ejercieron una fuerte atracción en él, que escribió una serie de apuntes poéticos inspirados en ellas. El libro resultante, editado en el año 2010 y hoy felizmente recuperado, deviene un sugerente juego de espejos en el que la poesía se mira en el dibujo y el dibujo en la poesía. Los versos giran en torno a las dos figuras del título: la mujer —reina absoluta de los dibujos de Manuel Alcorlo— y el vampiro, que Luis Alberto de Cuenca no duda en presentar como un *alter ego*. A partir de ellos, este poemario, publicado en formato apaisado para singularizarlo aún más, consigna en sus páginas la fórmula mágica que ha de invocar las fuerzas del deseo; unas fuerzas que se presentan con unos modos tan exquisitos como contundentes ya desde la primera composición: «Estas palabras fueron para ti. / Las disfracé de lluvia y paraíso. / Vuelven hoy de la tumba, como Drácula, / para engarzar heridas en tu cuello / y sembrar de rubies tu blancura».

El conde transilvano es un viejo conocido de Luis Alberto de Cuenca. José Gutiérrez, que se ha encargado de esta edición, señala en el prólogo: «El vampiro aparece por primera vez en su obra en el poema “Rumbo a Londres, el conde Drácula resucita un pasado sentimental”, de su libro *Scholia* (1978)». En esta preciosa pieza, Drácula se nos presentaba «lejos de Transilvania, de los ojos / tan suaves, del cabello, de las manos / que tanto amé y se han ido para siempre». Un Don Juan de ultratumba, no una alimaña. Desde entonces, la sombra

de estos hijos de las sombras se alarga y entrevé en numerosos versos del autor (y no solo en versos), como un radical epítome del deseo y la melancolía. La voluntad narrativa que singulariza el quehacer poético luisalbertiano también hace acto de presencia en *La mujer y el vampiro*, quizás con más motivo que nunca, pues en estos apuntes poéticos hay una historia de amor cifrada, una historia ya extinta, que ha ido quedándose irremisiblemente atrás. La mujer tiene un nombre, aunque no lo conozcamos, y el recuerdo no muerto de aquel amor es la sangre que alimenta al vampiro: «Vivo en el pozo de un silencio íntimo, / soñando con el sueño de tu sombra», leemos en el segundo epigrama del libro.

La imposibilidad de prolongar esta historia provoca en el amante (en el poeta, el vampiro) una profunda desazón: «en la corteza / de ese árbol, intento escribir *siempre* / y una mano invisible escribe *nunca*». Esta desazón conlleva una sutil melancolía, que no debiera confundirse con el desapego o la resignación, sino con la añoranza de lo que pudo ser y no fue; esta melancolía no se percibe en los dibujos de Manuel Alcorlo, pero es una corriente subterránea en la poesía luisalbertiana. El *happy end* no ha lugar: «Estas palabras fueron para ti. / Las pensé para ti, que eres el reino / donde hubiesen querido vivir siempre. / Ya no existen. Ya he vuelto a amortajarlas», sentencia el último epigrama. Para describir la poesía de Luis Alberto de Cuenca, el también poeta José Gutiérrez se sirve de un verso de Rubén Darío —«sentimental, sensible, sensitiva»— y añade a la tríada un cuarto elemento ineludible, incontestable —el adjetivo *sensual*—, que resume bien la atmósfera del libro.